

AMAZONA

Hoy te has levantado pronto. No serían más de la siete, y ya estabas zascandileando por la casa como un hada ociosa con tu bata guateada y tu melena postiza. Te he oído en la cocina hacer café y, después, he imaginado tus pasos deslizándose por la tarima flotante con las babuchas morunas que compraste en Marrakech. ¿Has levitado? No lo creo, sigues adherida a la tierra como una lapa y, supongo, que solo deseas recuperarte pronto y volver a ser quien eras. Has invadido la luz del salón con tu sola presencia, después, has descorrido las cortinas, y podría jurar que has echado un vistazo al cielo como quien desea apartar de su vista un ramo de nubes. Te has sentado en el butacón de siempre con tu taza de café sin azúcar y tamborileado sobre la mesa con el índice y el anular como quien se propone crear una melodía nueva, y entonces has pensado en el cambio que tu cuerpo ha experimentado en estos últimos meses. Tranquila, me sigues gustando como el primer día, recién levantada, con ojos legañosos, o pintadita como una virgen de Murillo. Diría más, ahora posees ese valor añadido de los vinos reposados en cubas de roble. Que tengas un solo pecho te da patente para ser amazona de esta santa casa. ¿No crees?

Me gusta ver contigo el mundo, sentir la brisa de una mañana de abril, descubrir los tonos malvas en el crepúsculo, en fin, ya sabes que soy algo retórico para explicar unos sentimientos que se agazapan como conejos, pero si me lo permites, si decides seguir a mi lado, no habrá fantasma que pueda interponerse entre nosotros. El cáncer, si lo pienso bien, solo es una pequeña tragedia que nos ha tocado en suerte, algo parecido a una lotería que nos ha tocado jugar sin comprar un solo décimo. Si me dejas abrazarte como antes, si rompes este silencio de iglesia vieja que nos condena, saldremos victoriosos de esta batalla. Porque esta guerra la libramos juntos, y porque no hay miedo que valga si nos atrevemos a sacarle la lengua al destino. Debieras saber, amor mío, que lo nuestro es un pacto eterno, que no puede existir la palabra fin si nos mantenemos alerta. Ayúdame a ayudarte. Solo te pido eso.

Después de las sesiones de quimioterapia te veo como un pajarillo que acaba de caerse de una rama, pero sonrías, dibujas un círculo mágico con tus dientes esmaltados, y me hablas de cualquier cosa con un tono de voz que me suena a música celestial. Estás más viva que nunca, lo veo en tu mirada, y por mostrarme esa energía de diosa acróbata, te doy las gracias y te cedo la parte más amable de mi alma. ¡Me estás enseñando tanto!

Hay un retrato tuyo sobre mi mesilla de noche. Cuando duermes, enciendo la lámpara y me gusta recrearme en tus perfiles. Es una foto en blanco y negro, como esos viejos daguerrotipos de mujeres coraje que han presidido los salones de tantas casas. Pero por tu expresión risueña, por ese arco de tus labios que abren espacios infinitos, te siento dentro de mí, en mágica combustión con este dormitorio que custodia tu sueño. Cuando me entra sueño, apago la luz y sigo observando tu silueta. Duermes y, quizá en ese límite de tu vigilia, me estás abrazando y ruegas que siga a tu lado. ¿Cómo no estar contigo?

Si te perdiera, amor mío, me sentiría como un hombre privado de sus órganos vitales. Contigo, a lo largo de estos años, he aprendido a respirar. No es poca cosa, créeme.

Pasear por el parque a tu lado, no creas, es un ejercicio de riesgo. Me asombra tu vitalidad. Es como si en tu interior crecieran raíces nuevas, correteas como una niña, brincas, te sorprendes con el vigor encendido de una rosa, muestras esa curiosidad por todo lo nuevo. Quizá en esos afanes tuyos por huir de la enfermedad se oculte algún secreto que espero conocer algún día. Esta tarde, como dice el bolero, vi llover, y para suerte de este trovador sin vihuela, no vi gente correr. Solo estabas tú, tú en modo espacio luminoso, tú y tus diez dedos cercenando toda la tristeza que llevamos acarreado en estos últimos meses. La victoria será una gesta que celebraremos cuando seamos viejos. ¿Te imaginas? Diremos en nuestro lenguaje de sobrentendidos, que un cangrejo trepador no pudo con nosotros.

Te das la vuelta por las mañanas cuando te vistes ante mí. No debieras esconder esa belleza volcánica que ha hecho un cráter sobre tu pecho. Para mí, tu desnudez es asunto de pura geología, igual que esas montañas erosionadas por el tiempo que guardan la belleza de sus valles y sus ríos. Eres perfecta, así que abandona esa actitud de niña tímida y atrévete a mostrarte tal como eres. Hay un montón de ángeles envidiosos en mis ojos, debieras saberlo. El deseo, debieras saberlo, no es una moneda gastada que se guarda en los bolsillos y se olvida. Mañana, cuando te quites el camisón y te pongas tu bata guateada, no me des la espalda, mírame de frente, y verás en mí un admirador que babea como un león hambriento. Déjame comerte. En ese canibalismo redentor puede que hallemos las respuestas que nos faltan.

Mira por dónde, hoy te han dado el alta. El oncólogo, muy amable, se ha desgañitado como un mercader de la vieja Venecia para vendernos la esperanza a precio de ganga. Pero antes has entrado apocada en la consulta. ¿Temías algo de las últimas pruebas? He visto cómo tu pierna derecha avanzaba por el suelo igual que un ratón tembloroso, pero has conseguido sentarte y, en seguida, hemos entendido que todo está bien. Revisiones anuales, algún cuidado adicional, en fin, mientras el médico agitaba nuestra alegría, he sentido el impulso de besarte como lo hice en aquella noche de playa. ¿Recuerdas? Tú acababas de cumplir veinte años, y a mí me hirió Cupido en el pecho con una de sus benditas flechas. Lo demás es historia. No pudimos tener hijos, pero tuvimos una casita en el campo y un amor que sembrábamos todos los años con nuestras propias manos. A riesgo de parecer cursi, tuvimos una buena cosecha.

Te estás despidiendo de mí, pero en ese gesto no hay dobleces. Solo sales a la compra, pero si salieras a pasear por el infierno, no lo dudes, me pondría el abrigo austriaco y te acompañaría de la mano. Solo es un catarro, amor mío, así que puedes suponer que, en un par de días, saldré de la cama, descorreré los visillos del salón, y podré perderme contigo por esos infinitos bosques donde cabalgas con tu carcaj como una valiente amazona. No pido más ni menos. Gracias por estar ahí.